

Medio siglo después. La Guerra Fría latinoamericana y los golpes de Estado de 1973 en Uruguay y Chile

Marcelo Casals¹ y Vania Markarian²

A medio siglo de los golpes de Estado que dieron inicio a largas dictaduras en Uruguay y Chile, parece propicio observar ambos eventos en una historia más amplia en tiempos y espacios, la de la Guerra Fría latinoamericana. En los últimos años, una exitosa renovación historiográfica al norte y al sur del planeta ha propuesto una agenda de investigación abierta a la multidireccionalidad de aquellos procesos históricos que desembocaron en los «nuevos autoritarismos» de los años setenta en el subcontinente (Field Jr., Krepp y Pettinà 2020; Harmer 2014; Marchesi 2017; Pettinà 2018, entre otros). De esta renovación participan también estudios que en diferentes momentos han puesto atención en la capacidad a ratos olvidada de los actores locales latinoamericanos para moldear sus propias condiciones y tejer desde ahí relaciones transnacionales de colaboración, incluyendo, por supuesto, a aquellos que se identificaron con los proyectos contrarrevolucionarios de ambas dictaduras (Broquetas 2015; Casals 2023; Cosse y Markarian 1996; Kelly 2018; Marchesi 2001; Markarian 2005; Palieraki 2018; Perry 2020; Riquelme y Harmer 2014; Valdivia Ortiz de Zárate 2010, etcétera).

Sin ánimo exhaustivo, pero haciendo pie en esa renovación, desde Contemporánea convocamos a contribuciones que piensen los golpes de Estado de 1973 en ambos países como resultados de procesos de acumulación histórica de larga duración. Quisimos detectar investigaciones que pusieran énfasis en los sectores que coincidieron en la formulación de programas de transformación social que contravinieran las tradiciones democráticas desde fundamentos ideológicos y políticos con raíces rastreables en el devenir del siglo XX. Apelamos asimismo a trabajos sobre las dimensiones culturales y sociales de los regímenes resultantes en su capacidad para producir consenso y legitimidad para programas de transformación radical de sus respectivas sociedades, sin desatender el despliegue de represión y terror que suele señalarse como su rasgo más sobresaliente. Pretendimos, a su vez, fomentar la mirada comparativa y las perspectivas que estudian la circulación transnacional de ideas, personas y recursos para entender la ola autoritaria en la región más allá de las fronteras nacionales. Aspiramos, por último, a recibir reflexiones acerca de las cambiantes miradas sobre estos temas, especialmente sobre la producción que desde las ciencias sociales y la historiografía se viene elaborando desde hace ya cinco décadas sobre aquellas temáticas que siguen abiertas en el debate público de las sociedades latinoamericanas del siglo XXI.

¹ CIDOC, Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae.

² Universidad de la República.

El resultado es el que ahora presentamos. Como suele pasar en un llamado abierto, hemos cubierto algunas de esas aspiraciones, pero otras quedan como tareas pendientes para futuros esfuerzos editoriales. Seguramente porque se trata de una mirada ya ineludible sobre estos temas, logramos captar perspectivas que no se ciñen a las fronteras nacionales, sino que miran las interrelaciones entre actores que las atravesaron para definir sus identidades políticas. Esto se refleja en los dos textos que abren el dossier. En ambos casos, se trata de aproximaciones a los sectores que resistieron el embate autoritario y no de estudios de las alianzas golpistas que se extendieron en la región y más allá, tema que quedó fuera de los artículos finalmente aceptados para publicación, pero que por cierto constituye un campo de estudios en expansión. Efectivamente, los textos de Mariano Millán y Guadalupe Seia, por un lado, y de Andrea Torrealba, por otro, se centran en la acción política de los opositores al avance autoritario, ya sea proyectando su actividad en espacios geográficos diferentes a sus países de origen o interpretando lo que pasaba afuera para construir sus posiciones políticas en tiempos turbulentos.

En el primero, los autores observan las formas en que el movimiento estudiantil argentino, especialmente en Buenos Aires, se plantó frente a los golpes de Estado de 1973 en Chile y Uruguay. Se ubican para eso en el floreciente campo de estudios de los movimientos estudiantiles latinoamericanos y remiten a tradiciones más antiguas de solidaridad transnacional, como la que proviene del reformismo con origen en la Universidad de Córdoba en 1918. Incorporan, además, como factor explicativo esencial, las redes de intercambio entre agrupaciones estudiantiles desplegadas en la región en la segunda mitad del siglo XX. Apelan también a la comprensión de la coyuntura específica a nivel nacional con los avatares del gobierno peronista de la época y sus rápidas derivas hacia el terrorismo de Estado. Estas diferentes escalas de análisis y un rico universo documental permiten a Millán y Seia aproximarse a través del actor estudiantil al impacto de los «nuevos autoritarismos» sobre el convulso mapa del Cono Sur.

En el segundo texto del dossier, Torrealba ofrece una mirada exploratoria a un tema que ha concitado gran interés entre protagonistas y estudiosos, como fue el impacto del exilio chileno en el gobierno mexicano encabezado por Luis Echeverría. Si, por un lado, México se convirtió en un lugar de acogida para miles de militantes que huían de las dictaduras del Cono Sur, este gesto solidario permitió a quien había sido sindicado como responsable de la represión contra el movimiento estudiantil de 1968 mostrarse cercano a las izquierdas del continente. Con base en el análisis de los medios oficialistas, la autora muestra la apelación al supuesto legado revolucionario como mecanismo central de legitimación del régimen, incluyendo el declarado giro autoritario de los años setenta. Según Torrealba, el régimen mexicano habría equiparado el rol de las guerrillas locales con el de los militares chilenos en tanto expresiones de quiebra de una legalidad estatal, apuntando así a resolver la contradicción entre represión interna y apoyo decidido a los exiliados chilenos. El texto puede leerse también como una contribución a la creciente literatura que aborda el exilio como una cuestión central y de larga duración en la historia latinoamericana.

Ambos artículos, tal como pretendíamos en la convocatoria, incorporan de modo explícito el marco conceptual de la Guerra Fría como un conflicto global que se desarrolló en múltiples escalas, de lo local a lo transnacional, y donde los actores latinoamericanos participaron desde sus propios intereses, agendas y capacidades de acción. Se trata de un programa de investigación que viene dando valiosos frutos desde hace ya varios lustros, pero que sigue desdoblándose sus coordenadas geográficas, cronológicas y teóricas. Esto redundará en la convivencia de visiones que argumentan su pertinencia y superioridad en disputas sobre la repetida apelación a la definición escalar de «lo global» (en expresiones como *global South* y *global sixties*) o la adscripción a giros historiográficos más o menos

recientes y hegemónicos (especialmente el *transnational turn*). Sin espacio para entrar ahora en esos deslindes, digamos que esto no ha impedido que se siga cultivando el estudio en escala nacional, concebida de modo renovado como un cruce específico entre fuerzas desplegadas en diferentes niveles durante ese conflicto bipolar y universalizante.

Todo esto para decir que los otros dos textos que ahora presentamos se ciñen a un caso nacional, el uruguayo, sin dejar de preocuparse por las circulaciones de ideas e influencias que lo atravesaron en ese mismo espacio y tiempo definidos por la Guerra Fría y su declinación abiertamente autoritaria local entre 1973 y 1985. María Eugenia Jung se concentra en el impacto de la dictadura uruguaya en la Universidad de la República, que al arrancar el período era la única institución de educación superior del país. Busca entender no solo la dimensión represiva, que redundó en el desmantelamiento de servicios y prácticas académicas laboriosamente contruidos, sino también la acción propositiva de las autoridades interventoras en vínculo con una institución, el Banco Interamericano de Desarrollo, que tenía una agenda de larga data para la remodelación de las instituciones educativas en la región. Jung aporta también elementos para volver a pensar los esfuerzos de producción de consenso autoritario a través de diferentes políticas públicas, un tema que ha tenido importantes desarrollos en relación con las dictaduras del Cono Sur de los años setenta del siglo pasado y que buscamos capturar desde la convocatoria a este número de *Contemporánea*.

Para terminar, el artículo de Sabrina Alvarez se ubica en un registro diferente. Se aparta de los ejercicios anteriores de análisis del período y tema en cuestión para hacer un balance de lo producido desde la historia y las ciencias sociales, algo que también queríamos captar con este dossier. En este caso, la autora realiza un exigente examen de la reflexión sobre un asunto central: el papel de los trabajadores organizados durante los regímenes autoritarios de la región. Con foco en Uruguay, observa que esa producción se dividió entre quienes se afiliaban a una visión militante sobre la capacidad de oposición y resistencia del movimiento obrero y quienes adscribían, casi en espejo perfecto, a la tesis de la exitosa desmovilización de ese actor social durante las dictaduras. Ubicándose en una perspectiva que enfatiza la continuidad del conflicto entre capital y trabajo en los diferentes arreglos políticos del mundo capitalista, Alvarez propone una comprensión diferente del factor sindical y llama a explorar nuevas líneas de análisis a tono con desarrollos recientes en la región, especialmente en Argentina. Reclama prestar más atención a las diferentes tradiciones de organización obrera, a los determinantes territoriales y culturales del trabajo, al impacto de estos en la capacidad de protesta y negociación frente a las patronales y los representantes del gobierno, entre otros asuntos. Insta también a incluir la dimensión de denuncia de la responsabilidad y complicidad empresarial en la embestida represiva de la última dictadura.

Además de los artículos recién reseñados, incluimos otras dos formas de intervención en la discusión historiográfica que no son tan usuales en las revistas académicas, pero que Contemporánea se ha empeñado en integrar a sus páginas desde sus inicios: las entrevistas a investigadores y la divulgación de archivos, en este caso mediante la transcripción comentada de documentos. Queremos en este número temático inaugurar una sección de inéditos y por eso compartimos un conjunto de manuscritos del historiador uruguayo Juan Pivel Devoto, recientemente ingresados al Archivo General de la Nación. Se trata de anotaciones de lo que le transmitía su hijo cuando estaba preso en el Penal de Libertad como miembro del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Transcritos por Carolina Porley e Isabel Wschebor, estos manuscritos permiten analizar aspectos poco conocidos de Pivel en su vínculo con la producción de carácter testimonial y en relación con el pasado reciente.

Asimismo, aprovechando la trágica sincronía de los golpes de Estado en Uruguay y Chile, decidimos incluir conversaciones con dos destacados historiadores del período: Álvaro Rico y Verónica

Valdivia. En ambas intervenciones queda expuesto el problema no siempre tematizado de la interrelación entre la biografía y el historiador, entre historia vivida e historia narrada, algo particularmente significativo cuando hablamos de las experiencias autoritarias recientes del Cono Sur. Su impacto es difícil de exagerar en las subjetividades de quienes las vivieron desde distintas posiciones.

En el caso de Álvaro Rico se trata de una trayectoria que ilustra varias de las peculiaridades del campo de estudios del pasado reciente en Uruguay. Fue a un tiempo protagonista y pionero analista de esa etapa. Entrevistado por Javier Correa y Jaime Yaffé, del comité académico de *Contemporánea*, repasó esas tempranas conexiones entre militancia política, persecución dictatorial e intereses académicos que lo llevaron a estudiar filosofía política en Moscú y, luego del retorno a Uruguay una vez finalizada la dictadura, a desarrollar una prolífica carrera académica en la Universidad de la República. Recién retirado de esos cargos, reflexionó también sobre su obra, clave para pensar el tramo autoritario desde el «camino democrático» que lo precedió hasta su perdurabilidad en la sociedad uruguaya contemporánea. Se detuvo asimismo en los avatares que lo llevaron a integrar el primer triunvirato de historiadores al que el gobierno encomendó investigar los delitos de la dictadura, quedando a cargo posteriormente del equipo que siguió examinando las responsabilidades criminales del Estado uruguayo durante ese período.

Verónica Valdivia, por otro lado, ha dedicado toda su carrera al estudio de la historia política chilena y su larga dictadura, ya sea directamente o bien a través de preguntas de investigación anexas, en directa relación con el frágil escenario político de la transición posautoritaria. Su obra no solo es fundamental en la fragmentada historiografía sobre la dictadura chilena, sino que también ha inspirado a nuevas generaciones de investigadores a hacerse preguntas más complejas sobre ese pasado reciente, en un camino aún en construcción por escapar de los silencios y limitaciones interpretativas de los esfuerzos tempranos por historiar el período. A medio siglo del golpe chileno no está de más hacer un alto en el camino para observar —y observarnos— críticamente en nuestros intentos académicos y ciudadanos por hacer sentido de una experiencia aún conflictiva y difícil de elaborar. A eso apunta la entrevista que le realizó Marcelo Casals para este número de *Contemporánea*.

Ambas entrevistas constituyen un llamado a imbricar el estudio de esa etapa de la historia con el presente del terrorismo de Estado como un tema abierto y aun contencioso en las sociedades latinoamericanas. Como vimos, la gran mayoría de los artículos del dossier examina facetas del fenómeno autoritario sin abundar en temáticas que hasta hace muy poco dominaban la agenda de investigación del campo de estudios que seguimos llamando *pasado reciente* aunque haya transcurrido ya medio siglo. Valga preguntarse, a propósito de esas etiquetas, hasta cuándo dura lo reciente de ese pasado o hacia dónde se extiende nuestro presente posautoritario. ¿A quién se le hubiera ocurrido llamar *reciente* a la Segunda Guerra Mundial o al nazismo cuando terminó la Guerra Fría? ¿Qué dice de nuestras formas de habitar el presente el hecho de que los sucesos de hace cincuenta años aún los consideremos como propios? Como sea que nos expliquemos ese fenómeno, al parecer las valoraciones del período —al menos en lo que a investigación académica se refiere— están cambiando. Para este dossier no recibimos ningún trabajo centrado en cuestiones como las violaciones de los derechos humanos, los reclamos de «verdad y justicia» y los trabajos de memoria, algo impensable hace solo un par de lustros atrás. ¿Podemos leer esa ausencia como una señal de renovación y consolidación de un campo que ya no necesita hilar sus preocupaciones tan estrechamente con los debates públicos? ¿Será que al encuadrarse en el aliento más largo de la Guerra Fría logra sostener su legitimidad como espacio académico consolidado sin apelar a su vigencia política inmediata? ¿Será simplemente un sesgo de la convocatoria que no se abrió explícitamente a esos asuntos? Las preguntas son pertinentes porque aluden al espíritu de balance historiográfico que suelen azuzar los aniversarios redondos.

Exceden, sin embargo, el propósito de esta introducción que no queremos cerrar sin caminar sobre nuestros pasos para volver a decir como tantos antes que nosotros a ambos lados de los Andes: «Nunca más dictadura».

Referencias bibliográficas

- BROQUETAS, M. (2015). *La trama autoritaria: derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CASALS, M. (2023). *Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- COSSE, I., y MARKARIAN, V. (1996). *1975: año de la orientalidad: identidad, memoria e historia en una dictadura*. Montevideo: Trilce.
- FIELD JR., T. C., KREPP, S., y PETTINÀ, V. (Eds.). (2020). *Latin America and the Global Cold War*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- HARMER, T. (2014). *The Cold War in Latin America*. En A. M. Kalinovsky y C. Daigle (Eds.), *The Routledge Handbook of the Cold War*. Londres-Nueva York: Routledge.
- KELLY, P. W. (2018). *Sovereign Emergencies. Latin America and the Making of Global Human Rights Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MARCHESI, A. (2001). *El Uruguay inventado: la política audiovisual de la dictadura, reflexiones sobre su imaginario*. Montevideo: Trilce.
- MARCHESI, A. (2017). Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur «local» y el Norte «global». *Estudios Históricos (Rio de Janeiro)*, 30(60), pp. 187-202. <https://doi.org/10.1590/s2178-14942017000100010>.
- MARKARIAN, V. (2005). *Left in Transformation: Uruguayan Exiles in the Latin American Human Rights Network 1967-1984*. Nueva York: Routledge.
- PALIERAKI, E. (2018). Broadening the Field of Perception and Struggle: Chilean Political Exiles in Algeria and Third World Cosmopolitanism. *African Identities*, 16(2), pp. 205-218.
- PERRY, M. (2020). *Exilio y Renovación. Transferencia política del socialismo chileno en Europa Occidental, 1973-1988*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- PETTINÀ, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- RIQUELME, A., y HARMER, T. (Eds.). (2014). *Chile y la guerra fría global*. Santiago de Chile: RIL Editores-Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2010). ¡Estamos en guerra señores!: El régimen militar de Pinochet y el «pueblo», 1973-1980. *Historia*, 43(1), pp. 163-201.